daniel agra

MANIFIESTO

Gallaecia Perpetua-Intempore

La cámara de Daniel Agra no llega a este territorio para inventariarlo, llega para escucharlo. Su mirada abstracta y expandida no interroga el paisaje con voluntad descriptiva ni documental. La naturaleza deja de ser un territorio por representar y se convierte en materia perceptiva, en materia conceptual. El encuadre, la composición, el desenfoque no son un descuido, son fidelidad. El instante acerca la imagen a un estado, no a una forma, de algo que no se mira desde fuera, sino que se respira desde dentro.

Gallaecia Perpetua dialoga así con Gallaecia Intempore, su proyecto hermano. Una explora la perpetuidad a través del ciclo del agua y la otra ahonda en la suspensión del tiempo sobre ese mismo territorio, tejiendo una misma investigación visual en torno a la memoria, la percepción y nuestro vínculo con el tiempo. Un tiempo que no busca detener el instante, sino revelar su imposibilidad de ser detenido, una contradicción fértil, pues aquello que la cámara captura es precisamente lo único que nunca deja de cambiar.

Las obras plantean así una reflexión sobre la necesidad humana de nombrar, clasificar, delimitar, poseer. El individuo traza fronteras e intenta volver controlable la experiencia. Frente a esa pulsión de dominio, la imagen se alza como territorio de resistencia, percepción y pensamiento. Contempla lo que existe sin pretender agotarlo en una explicación definitiva.

En el corazón de la obra late una pregunta que no es solo estética, sino filosófica: ¿qué significa en verdad perdurar? Perdurar no es resistencia inmóvil, sino continuidad de lo que se renueva sin cesar, un movimiento constante que se repite sin repetirse jamás. No es la negación del cambio, sino su forma más honda: lo que permanece es precisamente el propio movimiento. Esa es la intención que persiguen los proyectos, no la de resistir al tiempo, sino la de bailar con él sin perder jamás el ritmo.

La fotografía se adentra en un territorio próximo a la abstracción y la poesía visual, pero esa abstracción deja de ser el fin último de la imagen. Aquí el agua es materia y método. Su superficie, sus corrientes, sus reflejos y transparencias trazan una gramática visual propia, donde la sustancia se despoja de su identidad inmediata para devenir puro tránsito. El territorio no funciona como escenario ni como referencia geográfica, sino como atmósfera y reservorio de memoria colectiva, un lugar que se disuelve en la imagen igual que el tiempo se disuelve en cada instante fotografiado. Cada fotografía se abre así hacia una realidad que no se agota en lo visible y que exige una mirada contemplativa. El espectador no recibe una narración cerrada, sino que entra en un espacio de incertidumbre donde percepción e imaginación se confunden, arrastrado por la misma corriente que arrastra al agua y al tiempo. Frente a la aceleración de la experiencia contemporánea, los proyectos reivindican una mirada capaz de detenerse en la orilla, ante el instante que ya se ha ido. La contemplación deja de ser una actitud pasiva y se vuelve una forma de conocimiento intuitivo: reconoce nuestra pertenencia a esos mismos procesos de transformación (los del agua, los del tiempo), y nos recuerda que nuestra propia condición existencial es perecedera y en tránsito.

Esta idea recorre también la trayectoria más amplia de la fotografía abstracta y expandida del artista, donde la imperfección, la transformación y la disolución de los límites entre lo reconocible y lo abstracto se convierten en un lenguaje propio, distintivo, un lenguaje que en Gallaecia Perpetua e Intempore halla quizá su formulación más elemental, con el agua y el tiempo como las dos materias primigenias de toda transformación.